

X Rafael Díaz Icaza  
A Helvio Isaac Botana.

## Un Cuento de los años idos.

### LA MENTIRA

Acabo de recuperar a un amigo entrañable, Ambrosio Merizalde. Había perdido su pista desde los lejanos años en que nos reuníamos, en la Quinta Pareja, a compartir, en un trago de aguardiente, los primeros sueños juveniles. Lo he hallado diferente: su risa, otrora contagiosa, se ha trocado en una sonrisilla que tiene mucho de amargura; la antigua picardía tiene hoy un no sé qué de trascendencia, de malicia honda. No en vano han transcurrido los años y nos encontramos rondando los cuarenta.

No pensé jamás hallarlo fuera de nuestra ciudad natal. Ha venido a mi hotel, noticiado de mi llegada a esta capital de provincia por un dato que publica el diario. Mientras me cuenta sus planes para el futuro, miro pasar los días de la adolescencia, las tardes en que hacíamos volar enormes cometas multicolores, vencedoras del cielo, y las noches en que carreteábamos sirvientes en la galería del cine Ideal. Recuerdo que envidiaba entonces la gracia de este amigo, su desenvoltura para conquistar a las féminas y para vencerlas dóciles, por medio de sus historietas. El era un poeta, un indiscutible poeta que no halló su camino.

Me cuenta que va en jira hacia Colombia. Que presentará una exhibición nunca vista en la ciudad, a fin de juntar unas ayudas para comida y ropa, que buena falta le vienen haciendo en los últimos tiempos. Mientras me habla, recuerdo las historietas que nos narraba, en las que bri-

Ilaban como diamantes sus mentiras apasionadas, admirables, penetrantes:

“... En mi provincia, la cosa tiene su caracoleo. Mirén si nó cuando me alisté en la Rural y tuve que participar en la persecución y captura del famoso cuatrero “Cuchucho”. Ustedes, claro, quieren saber cómo era “Cuchucho”. Piensan seguramente en un hombre enorme: uno ochenta ¡no! dos metros de alto; zambo, cejijunto, con una enorme cicatriz junto a la boca. ¡Ajajai! No, no era así! Era tan solamente un cholito de su metro y medio, zapallento, ojos claros, cotona desvaída como sus ojos y como todo él. ¡Dos pesetas no hubiera dado usted por él, que se había echado al bigote como veinte difuntos! Todos se engañaban con el primer vistazo, pero yo nó. Lo ví y me dije: “este ñato es un berraco”. Tenía una manera de mirar en la que de vez en cuando rebrillaban relámpagos, y una sonrisita como de tigre satisfecho cuando se ha comido los últimos hilitos de carne de su enemigo.

“Tras larga búsqueda, lo encontramos un día de setiembre, allá por la media tarde, en el estero de las Pomarrosas, con seis de sus hombres. Estaban armados hasta los dientes: peinilla larga y deslumbrante, puñaleta así de grande, fajada en el cinto, y revólver con cacha de marfil. Los Rurales éramos ocho, y amábamos la vida. Se me vinieron a la mente las palabras de mi capitán Ordóñez: “Cholito, sólo le digo que no me quedo DEPARTAMENTO  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL panza arriba en esta selva, para que me coman las tripas los gallinazos. Un año solamente voy a pasar en esta vida. Después me regreso a la Sierra, y que se frieguen los que no tienen hijos”.

Tuve una fugaz alegría. Me pareció que ellos huirían, en cuanto divisaran los uniformes de la Rural. Y en verdad, hubo un simultáneo clavarse de espuelas en las ancas de los brutos, inicial del galope tendido; pero una orden de “Cuchucho” los inmovilizó y los hizo dispararse luego contra nosotros. ¡Hubieran visto ustedes ese choque! Fué como el encuentro de dos rayos. Así, a dos pasitos, sonaba el fogonazo del revólver, tiñendo de pólvora los rostros. Y el machete hacia malabares, pintando sus encajes encarnados. Luego la puñaleta. ¡Sabían los bandidos manejarla! Yo, que fuí instructor de manejo de armas blancas, por un tris no me puse a aplaudir rabiosamente la gracia brutal con que la manejaban!

“Nos mataron a dos compañeros, y no recuerdo más.

Me contaron después que, ciego de la ira, yo daba machete a lo que se me ponía por delante; que de un soberbio peinillazo tumbé a "Cuchucho" del caballo, para luego venirme exhausto hacia tierra, sin sentido...”.

Los amigos que escuchábamos a Ambrosio Merizalde dejamos escapar un suspiro de alivio, cuando dió por terminada su historieta. Sabíamos bien que era mentira, pero la pasión, el calor que ponía en la narración, nos hacían aceptarla como moneda de muy buena ley.

Hago acuerdo a Merizalde de la sangre fría y la audacia con que nos engañó, al presentarse como agraciado por el gordo de la lotería. Fueron dos semanas de farras y sernatas.

Amigos íntimos y conocidos lejanos, familiares auténticos y postizos, se disputaban el honor de agasajar al señalado por la suerte y a sus amigos inseparables, entre los que ocupaba yo un lugar de distinción.

—Es la suerte, la suerte, compadre don Ambrosio, que usted se merece como ninguno...

—Buen hijo de familia, buen amigo, buen hermano; es la primera vez que cae la lotería con justicia en un cristiano...

—Ah, gracias! Eso sí, ante todo yo pienso en los míos: en mis amigos y en mi gente. Yo los tengo presentes a todos, ahora que me ha venido este "aguaje". A usted, amigo Segurita, y a usted, compadre don Eleuterio, y a usted también, mi querido primo Policarpo...

Evidentemente, no deseaba hacer mal. Guiaba sus actos una picardía que le nacía de adentro, a la que no podía renunciar, ni siquiera esquivar.



Me ha costado trabajo reconocer en este hombre taciturno, envejecido y mal trajeado, al amigo despreocupado y socarrón. Hay una historia sentimental de por medio: su mujer ha fugado del hogar, llevándose al hijo tierno. Un folletín, en suma. Se le llevó —me cuenta— las tres corbatas de colores detonantes y la sonrisa. No me conmueve ni me sorprende, siquiera. No poemas, no historietas, no alegría ingenua: la mujer necesita seguridad.

Merizalde me expone despacio, poco a poco, su plan, y voy notando en cada palabra su firme voluntad de cumplirlo. Alquilará un traje de Chaplín. No. De Pierrot. Me-

jor un traje de etiqueta. Y con un cartelón al pecho y otro a la espalda, iré por las calles de la ciudad, haciendo propaganda a los buenos almacenes. Señores gordos y sonrientes, viejos calvos y reumáticos, alcahuetes y millonarios, saldrán a las puertas de sus almacenes, y gozarán con el espectáculo del hombre-sandwich.

"Está bien así? Imprimiré hojas volantes con el siguiente texto: Pobladores de la Ciudad: El Poeta. No. EL POETA irá en mayúsculas —le gusta a la gente—. EL POETA Ambrosio Merizalde, en jira cultural hacia la República del Norte, se exhibirá todos los días puntualmente, durante un mes, impeccablemente vestido de frac, con un gran cartelón en la espalda y otro gran cartelón en el pecho. Señor comerciante, no pierda usted la oportunidad de anunciar en el hombre-sandwich. Valor: ochenta sucren semanales por cada anuncio".

Mientras lo escucho, silencioso, miro cómo se va perdiendo su frente del sudor que le corre rápidamente por las mejillas, para hacer leves piruetas en el bigote escaso y terminar en las comisuras de sus labios. Veo la crispadura de sus manos y el esfuerzo que hace por permanecer aparentemente natural.

Sus palabras me han colmado, primero de compasión, y luego de un absurdo coraje.

¿Sabe —le digo recalcando, martillando cada palabra— qué clase de pueblo es éste? Esto no es Nueva York o Londres, donde el hombre que se humilla con los oficios más tremendos ni siquiera llama la atención. Será usted un payaso. Nó, un payaso nō: un payaso es algo noble y lleno de poesía. Un mendigo, estúpidamente disfrazado con frac, a quien arrojarán piedras los chiquillos. ¿Es que un hombre tiene derecho a despreciarse así? ¿Que no hay trabajo? (Soy duro a veces) ¡Pues a morirse de hambre! Pero nō a mostrar las llagas para que un centenar de cretinos se divierta, aplauda y arroje piedras. El hombre es algo más, y algo más y algo más. Hacer tamaña cosa me parece aún más duro que recorrer por dos reales la viacrucis. Quiere usted ser un Cristo de mentirijillas, de ochenta sucren el calvario, con dos cruces, una al pecho y otra a la espalda. ¡A ochenta sucren!

¡Se ha ido! No he reparado en qué momento lo ha hecho. Fuí torpemente duro. Yo, con el estómago lleno, me creí con derecho de humillarlo porque tenía hambre.

¡Se ha salvado, se ha salvado!

Ambrosio Merizalde había contado su última mentira.

Lo he visto frente al cielo, sonreído, con los ojos claros bien abiertos, allá en la carretera que va al norte. Perdido y re-cobrado para siempre, muerto.

Entre sus labios pícaros una sonrisa leve, ácida, me decía que esta vez nos engañaba para siempre.



ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL